

## LA AUTOMATIZACIÓN Y EL FUTURO DEL TRABAJO — II

VIVIMOS EN UNA era de vertiginosos cambios tecnológicos con teléfonos inteligentes, coches sin conductor y monitores interconectados para efectuar transacciones bursátiles aparentemente encaminados a transformar la vida a escala planetaria. ¿Qué harán los seres humanos en un futuro automatizado? ¿Seremos capaces de adaptar las instituciones sociales y políticas para hacer realidad el sueño de la libertad humana presagiado por una nueva era de máquinas, o se convertirá en una pesadilla de desempleo masivo? En la primera parte de este artículo identificaba un nuevo discurso sobre la automatización que plantean tanto los analistas liberales, como los analistas de derecha e izquierda<sup>1</sup>. Estos teóricos de la automatización afirman que el desempleo tecnológico masivo deberá abordarse mediante la provisión de una renta básica universal, ya que grandes sectores de la población perderán el acceso al trabajo asalariado<sup>2</sup>. Yo sostenía que la reaparición de este febril discurso

---

<sup>1</sup> Aaron Benanav, «La automatización y el futuro del trabajo – I», *NLR* 119, noviembre-diciembre de 2019.

<sup>2</sup> Los teóricos de la automatización analizados incluyen a Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee, *The Second Machine Age: Work, Progress and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Londres, 2014; Martin Ford, *Rise of the Robots: Technology and the Threat of a Jobless Future*, Nueva York, 2015; Carl Frey y Michael Osborne, «The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerization?», *Technological Forecasting and Social Change*, vol. 114, enero de 2017; Andrew Yang, *The War on Normal People: The Truth About America's Disappearing Jobs and Why Universal Basic Income Is Our Future*, Nueva York, 2018; Andy Stern, *Raising the Floor: How a Universal Basic Income Can Renew Our Economy and Rebuild the American Dream*, Nueva York, 2016; Nick Srnicek y Alex Williams, *Inventing the Future: Postcapitalism and a World Without Work*, Londres y Nueva York, 2015; Nick Dyer-Witheford, *Cyber-Proletariat: Global Labour in the Digital Vortex*, Londres,

es una respuesta a una tendencia real que se abre paso por todo el mundo: la caída crónica de la demanda de mano de obra. Sin embargo, la explicación que ofrecen los teóricos de la automatización —el galopante cambio tecnológico destruye el empleo— es falsa. La causa real de la persistente baja demanda de trabajo es la progresiva desaceleración del crecimiento económico registrada desde la década de 1970, a medida que la sobrecapacidad industrial se extendía a escala global y no se materializaba ningún motor de crecimiento alternativo. Se trata de un fenómeno originalmente analizado por Robert Brenner y tardía y oblicuamente reconocido por la corriente dominante de los economistas con el nombre de «estancamiento secular» o «japonificación»<sup>3</sup>. A medida que se produce la desaceleración del crecimiento económico, la creación de empleo se ralentiza y es este hecho, no la destrucción de empleo inducida por la tecnología, el que está reduciendo la demanda global de mano de obra.

En la segunda parte de este trabajo demostraré que la evolución del empleo se ha alejado en importantes aspectos de las predicciones de los teóricos de la automatización. Analizaré las dinámicas contemporáneas del mercado de trabajo global y reflexionaré sobre las soluciones que han propuesto los teóricos de la automatización, especialmente la renta básica universal, antes de pasar a considerar, como experimento intelectual, un enfoque alternativo para alcanzar un futuro posescaez. Sin embargo, en primer lugar quiero señalar que es crucial que reconsideremos la situación actual para ser conscientes de que ella se caracteriza no por la inminente llegada del *desempleo* de masas, como sugieren los teóricos de la automatización, sino por el continuo crecimiento del *subempleo*. Una investigación sobre el panorama mundial de la precariedad laboral muestra que esta nueva realidad ya ha sido aceptada por las elites acomodadas. Cambiar el rumbo hacia un futuro más humano dependerá de que las masas trabajadoras se nieguen a aceptar el persistente declive de la demanda de su trabajo y las crecientes desigualdades económicas que ello supone. Las luchas contra

---

2015; Peter Frase, *Four Futures: Life After Capitalism*, Londres y Nueva York, 2016; Manu Saadia, *Treconomics: The Economics of Star Trek*, San Francisco, 2016; Aaron Bastani, *Fully Automated Luxury Communism: A Manifesto*, Londres y Nueva York, 2019; véase también, Nick Dyer-Witheford *et al.*, *Inhuman Power: Artificial Intelligence and the Future of Capitalism*, Londres, 2019.

<sup>3</sup> Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence* [1998], Londres y Nueva York, 2006; ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, Madrid, 2009. Sobre el estancamiento secular, véase, Lawrence Summers, «Secular Stagnation and Macroeconomic Policy», *IMF Economic Review*, vol. 66, núm. 2, 2018; sobre la «japonificación», véase John Plender, «Why “Japanification” Looms for the Sluggish Eurozone», *Financial Times*, 19 de marzo de 2009.

estas consecuencias ya se están produciendo por todo el planeta. Si fracasamos, puede que lo mejor que obtengamos sea un salario social ligeramente más elevado en forma de una renta básica universal. Sin embargo, no deberíamos pelear por ese objetivo, sino por el contrario por inaugurar un planeta que supere la escasez.

## I. LAS DINÁMICAS DEL MERCADO DE TRABAJO GLOBAL

¿Qué lecciones se pueden sacar de pasadas experiencias de pérdidas de empleo y avances tecnológicos que persiguen la rentabilidad? Por sí mismos, estos avances nunca han superado por completo la dureza del trabajo humano. No obstante, periódicamente acaban en una arrolladora destrucción de empleo en determinadas industrias, especialmente cuando permiten que las empresas superen una prolongada resistencia al desarrollo industrial. La agricultura, por ejemplo, fue uno de los primeros sectores transformados por los métodos modernos de producción: en los siglos xv y xvi el medio rural en Inglaterra asistió a nuevas formas de crianza de ganado en granjas cerradas que se combinaron con la rotación de las cosechas para aumentar los rendimientos. A pesar de ello, la agricultura seguía siendo difícil de mecanizar debido a la desigualdad del terreno y a los ciclos estacionales y durante siglos continuó siendo una importante fuente de empleo<sup>4</sup>. Sin embargo, en la década de 1940 los avances en los fertilizantes sintéticos, la hibridación de los cultivos y la mecanización de los instrumentos agrícolas hicieron posible el desarrollo de formas industrializadas de producción agraria y las lógicas de funcionamiento cambiaron drásticamente<sup>5</sup>.

La productividad del trabajo agrícola despegó a medida que las explotaciones empezaron a parecerse a fábricas al aire libre. Habida cuenta de los límites del crecimiento de la demanda para la producción agrícola, el sector empezó a desprenderse de trabajadores a un ritmo increíble. En 1950, la agricultura empleaba el 24 por 100 de la mano de obra en Alemania Occidental, el 25 por 100 en Francia, el 42 por 100 en Japón y

---

<sup>4</sup> También fueron determinantes las fuertes protecciones arancelarias contra las importaciones procedentes de países con salarios más bajos. Véase Niek Koning, *The Failure of Agrarian Capitalism: Agrarian Politics in the UK, Germany, the Netherlands and the USA 1846-1919*, Londres, 2002.

<sup>5</sup> Véanse FAO, *State of Food and Agriculture 2000*; Marcel Mazoyer y Laurence Roudart, *A History of World Agriculture: From the Neolithic Age to the Current Crisis*, Londres, 2006, pp. 375-440.

el 47 por 100 en Italia; en 2010 todas estas cifras estaban por debajo del 5 por 100. Durante la Revolución Verde de las décadas de 1950 y 1960 los métodos de la agricultura industrializada se adaptaron a los climas tropicales con impresionantes consecuencias para el empleo agrícola: en 1983 la mayoría de los trabajadores del planeta seguían empleados en el sector agrícola; desde entonces esa cifra ha bajado hasta el 25 por 100<sup>6</sup>. El principal destructor global de empleo durante el siglo XX no fue el «capitalismo del silicio», sino el capitalismo del nitrógeno. No existió ningún mecanismo en el mercado de trabajo que asegurara la creación de nuevos empleos al margen de la agricultura y lograra equilibrar los que se perdían en ella.

Las empresas todavía están buscando maneras de superar los obstáculos para la industrialización, pero en la actual era de desaceleración global de las tasas de crecimiento y de generalizada atonía de los mercados de trabajo, estas innovaciones tienden a dejar a los trabajadores sin empleos estables. Por ejemplo, a escala global, la mecanización del ensamblaje electrónico y de la industria de la confección y el calzado tendría resultados devastadores, ya que estos sectores proporcionan empleo a una gran cantidad de personas y generan divisas para unas economías escasas de liquidez. La confección en especial se ha resistido durante mucho tiempo a la modernización tecnológica: exige un detallado trabajo con las telas que para las máquinas resultan difíciles de manipular; la última gran innovación en este campo fue la máquina de coser Singer de la década de 1850. El trabajo de ensamblaje en la electrónica, aunque sea una actividad más reciente, ha dificultado también las innovaciones que ahorran mano de obra, ya que también exige manipular delicadamente piezas muy pequeñas. Como rezagados tecnológicos dentro de procesos de producción más amplios y muy mecanizados, estos empleos fueron algunos de los primeros en globalizarse en la década de 1960. Empresas minoristas de confección y electrónica contrataron a suministradores en países con salarios bajos para hacer frente al aumento de la demanda<sup>7</sup>. Estas industrias siguen siendo importantes como los primeros eslabones de las cadenas de suministro industrial en las que se verifica una feroz competencia entre suministradores.

---

<sup>6</sup> Estadísticas procedentes del Groningen Growth and Development Centre, «10-Sector Database», actualizadas en enero de 2015, y de FAO, FAOSTAT, e ILO, *Key Indicators of the Labour Market*, 9ª edición, 2015.

<sup>7</sup> Véase Ellen Israel Rosen, *Making Sweatshops: The Globalization of the US Apparel Industry*, Londres, 2002; Jefferson Cowie, *Capital Moves: RCA's Seventy-Year Quest for Cheap Labour*, Nueva York, 1999.

Desde la década de 1990 gran parte de esta clase de trabajo se ha trasladado a China. Sin embargo, mientras suben los salarios en China y otros países resultan más competitivos, los avances en la robótica podrían finalmente superar la larga resistencia a una mayor mecanización en estos campos. Foxconn está desarrollando «*foxbots*» para evitar la competencia de compañías de montaje electrónico en países con salarios más bajos. En China y Bangladesh, las empresas de confección están utilizando «*sewbots*» y nuevas tecnologías para los trabajos de tejeduría, que podrán extenderse a la manufactura de calzado. No es probable que estas innovaciones conduzcan a la plena automatización de estos sectores, pero podrían eliminar empleos con mucha rapidez y bloquear el acceso a la economía global a nuevos países, por ejemplo de África, que tienen salarios bajos<sup>8</sup>. No está claro si estos avances tecnológicos tardarán diez o veinte años en imponerse o podrían no producirse a ninguna escala en absoluto. Sin embargo, incluso sin importantes avances en la automatización, las tecnologías de la «industria 4.0» y de la «fábrica inteligente» aumentarán las ventajas del agrupamiento industrial en la vecindad de los servicios relacionados, con el resultado de que a escala global es más probable que se produzca una concentración, más que una dispersión, del empleo industrial<sup>9</sup>.

Al superar los impedimentos a la mecanización en sectores que hasta ahora han actuado como importantes fuentes de empleo, las nuevas tecnologías pueden resultar una causa secundaria del retraimiento de la demanda de mano de obra. Sin embargo, la clave para explicar este fenómeno no es

---

<sup>8</sup> Phil Neel, «Swoosh», *Ultra*, 8 de noviembre de 2015; Anna Nicolaou y Kiran Stacey, «Stitched Up By Robots», *Financial Times*, 19 de julio de 2017; Jennifer Bissell-Linsk, «Robotics in the Running», *Financial Times*, 23 de octubre de 2017; Jon Emont, «The Robots Are Coming for Garment Workers. That's Good for the US, Bad for Poor Countries», *The Wall Street Journal*, 16 de febrero de 2018; Kevin Sneider y Jonathan Woetzel, «China's Impending Robot Revolution», *The Wall Street Journal*, 3 de agosto de 2016; Saheli Roy Choudhury, «China Wants to Build Robots to Overtake Its Rivals—But It's Not There Yet», *CNBC*, 16 de agosto de 2018; Brahim Coulibaly, «Africa's Race Against the Machines», *Project Syndicate*, 16 de junio de 2017; AFP, «Tech to Cost Southeast Asia Millions of Jobs, Doom "Factory Model", Warns WEF», *AFP International Text Wire*, 12 de septiembre de 2018.

<sup>9</sup> Mary Hallward-Driemeier y Gaurav Nayyar, *Trouble in the Making? The Future of Manufacturing-Led Development*, Washington DC, 2018, pp. 93-96. El empleo global en los sectores de las tecnologías de la información y de centros de llamadas también parece descender a medida que la computación basada en la nube hace innecesario que las empresas desarrollen y monitoricen sus propias páginas web y sus bases de datos *online*; grandes empresas indias de relacionadas con las tecnologías de la información ya están perdiendo empleos. Véase Simon Mundy, «India's Tech Workers Scramble for Jobs as Industry Automates», *Financial Times*, 27 de mayo de 2017.

el rápido ritmo de destrucción de empleo en sectores específicos, si este llega a producirse, sino la ausencia de un correspondiente ritmo de creación de empleo en la economía en general. Como sostenía en la *NLR* 119, la principal explicación de este hecho no es el crecimiento de las tasas de productividad, como afirman los teóricos de la automatización, sino la inadecuada demanda de producción debida a tres factores: la proliferación de capacidades industriales a escala mundial, la sobreacumulación de capital correspondiente y la consecuente reducción de las tasas de expansión industrial y de crecimiento económico global. Estas son las principales causas económicas y sociales de la atonía del mercado de trabajo que está golpeando a los trabajadores en todo el mundo.

### *Subempleo de masas*

En el centro del discurso contemporáneo sobre la automatización está el concepto de lo que el economista de Harvard Wassily Leontief llamó «desempleo tecnológico a largo plazo». Extrapolando desde ejemplos concretos de automatización y pérdida de empleos, se describe como un fenómeno que afecta a toda la economía. Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee explican en *The Second Machine Age* que, al igual que sucedió con el «aceite de ballena» y el «trabajo animal», puede que pronto el esfuerzo humano «no sea necesario en la economía actual, incluso a precio cero»<sup>10</sup>. Si se llegara a una total automatización, el consiguiente apocalipsis del empleo obligaría rápidamente a una reorganización de la vida social de manera que el trabajo asalariado dejara de estar en su centro<sup>11</sup>. Pero, ¿ha ido el descenso de la demanda de mano de obra realmente acompañado de tasas de desempleo crecientes, como sugiere el discurso de la automatización que debería haber sucedido?

En los países capitalistas avanzados, las tasas medias de desempleo crecieron en las décadas de 1980 y 1990, y la crisis de 2008 las hizo subir

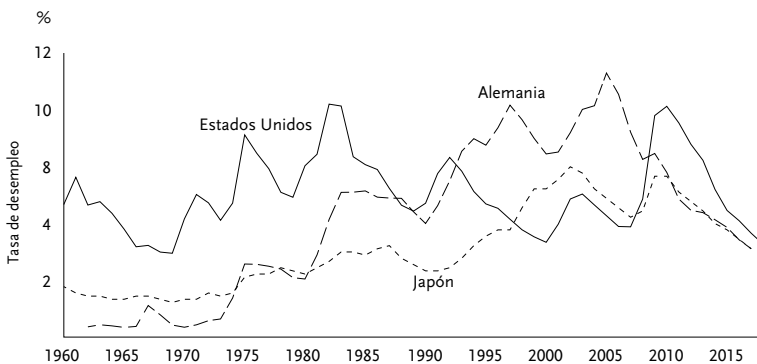
---

<sup>10</sup> Wassily Leontief, «Technological Advance, Economic Growth and the Distribution of Income», *Population and Development Review*, vol. 9, núm. 3, 1983, p. 409; E. Brynjolfsson y A. McAfee, *Second Machine Age*, cit., p. 179. Dyer-Witheford habla de un «creciente grupo de poblaciones desempleadas que ya no son necesarias para el capital digital», N. Dyer-Witheford, *Cyber-Proletariat*, cit., p. 3; Yang se refiere a «una creciente masa de gente permanentemente desplazada», A. Yang, *War on Normal People*, cit., p. xli.

<sup>11</sup> De acuerdo con el autor de ciencia ficción Arthur C. Clarke, «el objetivo del futuro es el pleno desempleo de manera que podamos jugar»: «Free Press Interview: A. C. Clarke», *Los Angeles Free Press*, 25 de abril de 1969. Véase también E. Brynjolfsson y A. McAfee, *Second Machine Age*, cit., pp. 180-181; M. Ford, *Rise of the Robots*, cit., pp. 194-196.

aun más. Pero durante la última década por lo general han caído de nuevo, aunque a un ritmo más lento que después de anteriores recesiones (gráfico 1). Estos datos se toman algunas veces como evidencia de que la demanda de mano de obra no ha estado descendiendo secularmente. Sin embargo, lo que sucede es que las formas en que se expresa ese descenso han cambiado desde el *desempleo* a distintas clases de *subempleo*, que son más difíciles de medir<sup>12</sup>. Como han reconocido muchos analistas, nos encaminamos hacia un futuro con menos empleos de calidad en vez de hacia un futuro sin empleos: «los trabajadores tienen que continuar trabajando para alimentarse, de manera que aceptan cualquier trabajo que se les presente», incluso aquellos que ofrecen un salario pobre, jornadas reducidas o condiciones laborales terribles<sup>13</sup>. Los teóricos de la automatización interpretan esto como una consecuencia del creciente desempleo tecnológico que se produce en otro escenario. Sin embargo, la realidad es que no hay ningún escenario donde se esté produciendo una rápida automatización de la producción.

GRÁFICO I: *Tasas de desempleo en Estados Unidos, Alemania y Japón, 1960-2017*



Fuente: OCDE Main Economic Indicators, Unemployment Rate, mayores de 15 años.

<sup>12</sup> Sobre la teoría y la historia de las recuperaciones del desempleo en Estados Unidos, véase Nir Jaimovich y Henry E. Siu, «Job Polarization and Jobless Recoveries», NBER Working Paper núm. 18334, agosto de 2012, revisado en noviembre de 2018. Sobre los límites del desempleo como medida de la salud del mercado de trabajo, véase David Blanchflower, *Not Working: Where Have All the Good Jobs Gone?*, Princeton (NJ), 2019. Sobre la génesis del desempleo como categoría económica, véase Michael Piore, «Historical Perspectives and the Interpretation of Unemployment», *Journal of Economic Literature*, vol. 25, núm. 4, 1987.

<sup>13</sup> A. Yang, *War on Normal People*, cit., p. 80. Laura Tyson, «Labour Markets in the Age of Automation», *Project Syndicate*, 7 de junio de 2017.

Desde principios de la década de 1970, a medida que las tasas de desempleo empezaban a crecer para después negarse tozudamente a descender, los gobiernos intentaron debilitar las protecciones del mercado de trabajo y reducir las prestaciones de desempleo<sup>14</sup>. Las políticas de *workfare*, que obligan a trabajar a los desempleados, sustituyeron a sistemas pasivos de apoyo a los ingresos como la principal respuesta institucional a la pérdida de empleo. En países como Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, se pueden contabilizar pocos trabajadores que queden visiblemente desempleados durante mucho tiempo. En vez de ello habitualmente se les obliga a incorporarse a los mercados de trabajo con empleos a tiempo parcial, temporales o precarios en economías que ya no pueden ofrecerles nada mejor. El grado en que la precariedad se propaga por la fuerza de trabajo agregada varía según el país. Estos cambios son más fáciles de documentar en Estados Unidos, donde los trabajadores no sindicados carecen de las protecciones básicas al empleo y, excepto en casos de discriminación directa, pueden ser contratados y despedidos a voluntad. Aquí los desempleados fueron reabsorbidos al precio del estancamiento de los salarios y el empeoramiento de las condiciones laborales<sup>15</sup>.

Por el contrario, en determinadas partes de Europa y en los países ricos del Este de Asia –donde las protecciones al empleo son más sólidas– sectores importantes de la fuerza laboral quedan aislados de las presiones del mercado asociadas con periodos de falta de trabajo. La estrategia gubernamental en este caso ha sido permitir que surgieran clases desfavorecidas de trabajadores. Estos trabajadores «no estándar» –esto es, que padecen el empleo temporal, a tiempo parcial, a demanda, ofrecido por agencias de trabajo o son falsos autónomos– carecen de acceso a las protecciones sociales del empleo estándar y están obligados a moderar sus demandas salariales para adaptarse a las realidades del mercado de trabajo<sup>16</sup>. Entre 1985 y 2013, la participación del «empleo no estándar»

---

<sup>14</sup> Para un análisis sobre cómo se adaptaron los diferentes regímenes del Estado del bienestar al regreso de un desempleo elevado véase Gøsta Esping-Andersen, *Social Foundations of Postindustrial Economies*, Oxford, 1999 y Kathleen Thelen, *Varieties of Liberalization and the New Politics of Social Solidarity*, Cambridge, 2014. Una respuesta crítica a Thelen se encuentra en Lucio Baccaro y Chris Howell, *Trajectories of Neoliberal Transformation: European Industrial Relations since the 1970s*, Cambridge, 2017.

<sup>15</sup> Para el análisis clásico véase, Barry Bluestone y Bennett Harrison, «The Great American Jobs Machine: The Proliferation of Low Wage Employment in the US Economy», Estudio para el Joint Economic Committee, Washington DC, 1986.

<sup>16</sup> Véase Patrick Emmenegger et al. (eds.), *The Age of Dualization: The Changing Face of Inequality in Deindustrializing Societies*, Oxford, 2012, sobre la evolución de las distinciones entre personas que están «dentro» y «fuera» de los Estados



en el empleo total creció del 21 al 34 por 100 en Francia; del 25 al 39 por 100 en Alemania y del 29 al 40 por 100 en Italia. En Japón, la participación del «empleo no estándar» creció desde el 17 por 100 en 1986 al 34 por 100 en 2008, con tendencias similares registradas en Corea del Sur. Estos cambios en la composición del empleo se hacen más evidentes en las nuevas ofertas de empleo: el 60 por 100 de los empleos creados en los países de la OCDE durante las décadas de 1990 y 2000 fueron no estándar<sup>17</sup>. Los mercados de trabajo en esos países se están bifurcando entre trabajadores que conservan un empleo «estándar», con una relativa seguridad laboral, y una creciente masa de gente situada al margen, típicamente jóvenes, que carecen de esos beneficios<sup>18</sup>.

En los países de rentas medias y bajas, donde viven la mayoría de los trabajadores, el trabajo «no estándar» siempre ha sido la norma; la OIT calcula que apenas una quinta parte de los trabajadores desempleados en todo el mundo tienen derecho a beneficios sociales<sup>19</sup>. Esto hace que los desempleados se vean obligados a encontrar fuentes de ingresos tan rápidamente como sea posible, con el resultado de que la tasa de desempleo cuantificada en estas regiones es solamente del 5,3 por 100, a pesar de la falta de oportunidades de empleo. La mayoría de los trabajadores que pierden su empleo se unen a los jóvenes que se incorporan al mercado informal, a menudo en microempresas de trabajadores autónomos, que cuentan con cinco o menos empleados. Casi el 70 por 100 del empleo en las regiones de rentas bajas y medias se clasificó como informal en 2016<sup>20</sup>.

---

del bienestar europeos. Un resumen se puede encontrar en OIT, *Non-Standard Employment Around the World*, Ginebra, 2016.

<sup>17</sup> OCDE, *In It Together: Why Less Inequality Benefits All*, 2015, p. 144. Véase también, Shiho Futagami, «Non-Standard Employment in Japan: Gender Dimensions», International Institute for Labour Studies Discussion Paper DP/200/2010, Ginebra, 2010, p. 29.

<sup>18</sup> Véase Bruno Palier y Kathleen Thelen, «Institutionalizing Dualism: Complementarities and Change in France and Germany», *Politics and Society*, vol. 38, núm. 1, 2010; David Rueda, «Dualization, Crisis and the Welfare State», *Socio-Economic Review*, vol. 12, núm. 2, 2014.

<sup>19</sup> En el África Subsahariana, solamente el 3 por 100 de los trabajadores tienen beneficios de desempleo, en comparación con el 76 por 100 en los países de rentas altas: OIT, *World Employment Social Outlook: The Changing Nature of Jobs*, Ginebra, 2015, p. 80.

<sup>20</sup> Véase respectivamente, ILO, *Key Indicators of the Labour Market; y Women and Men in the Informal Economy: A Statistical Picture*, 3ª ed., Ginebra, 2018, p. 23.

*Estancamiento posindustrial*

En vez de un rápido crecimiento del desempleo asociado con un avance hacia un futuro automatizado, estamos asistiendo a un subempleo galopante debido al recrudecimiento del estancamiento económico<sup>21</sup>. Más que quedarse sin empleo por la poca demanda de su trabajo, la gente se ve obligada a trabajar por salarios más bajos de lo normal y en condiciones laborales peores que las normales. Los que no pueden hacerlo se quedan fuera de la fuerza de trabajo. De este modo, la vida en las economías estancadas ha pasado a caracterizarse por una extrema inseguridad laboral, que ha quedado representada en una plétora de distopías de ciencia ficción pobladas por una humanidad redundante<sup>22</sup>. El subempleo está convirtiéndose en una característica habitual de los mercados de trabajo, una característica que carece de una forma homogénea de expresión. Desde mediados de la década de 1960, a medida que los excedentes de mano de obra crecían a escala global, las empresas multinacionales empezaron a explotar los diferenciales contractuales existentes en los diversos mercados de trabajo, enfrentando a los suministradores entre sí para obtener una fuerza de trabajo productiva a un precio bajo que utilizaban para competir en unos mercados globales caracterizados por el exceso de oferta. Las empresas industriales se han aprovechado de la inseguridad en el empleo existente no solo en los países de rentas bajas, sino también en los de rentas altas, moderando las demandas salariales de los trabajadores por medio de contratos a múltiples niveles o contratando a trabajadores fuera de los límites de la legislación laboral estándar.

Sin embargo, solamente alrededor del 17 por 100 de la mano de obra global trabaja en el sector manufacturero, con un 5 por 100 adicional que lo hace en la minería, el transporte y los servicios públicos<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> Algunos teóricos de la automatización identifican el subempleo como una característica común de las economías contemporáneas, pero tienen problemas para explicarlo al centrarse en el aparente dinamismo del cambio tecnológico. Véase, por ejemplo, A. Stern, *Raising the Floor*, cit., p. 185; A. Yang, *The War on Normal People*, cit., pp. 79-80.

<sup>22</sup> Los ejemplos de semejante visión distópica incluyen las películas de Alfonso Cuarón y su *Children of Men* (2006), así como las de Neill Blomkamp *District 9* (2009) y *Elysium* (2013) y la serie brasileña de televisión *3%* (2016), creada por Pedro Aguilera.

<sup>23</sup> ILO, *Key Indicators of the Labour Market*, cit. De ese 17 por 100, una fracción considerable está informalmente empleada en la industria doméstica produciendo

La gran mayoría de los trabajadores subempleados del mundo acaba encontrando empleo en el muy heterogéneo sector servicios, que representa entre el 70 y el 80 por 100 del empleo total en los países de rentas altas y a la mayoría de los trabajadores en Irán, Nigeria, Turquía, Filipinas, México, Brasil y Sudáfrica<sup>24</sup>. La economía postindustrial que hemos heredado –ahora finalmente a escala mundial– no se parece en nada a la que predijo Daniel Bell en 1973: en vez de una economía de investigadores, instructores de tenis y cocineros con estrellas Michelin, el nuestro es un mundo mayoritariamente de peluquerías, servicio doméstico, vendedores de fruta y encargados de estanterías en Walmart<sup>25</sup>.

El modelo básico de crecimiento del empleo en el sector servicios, descrito por el economista de Princeton William Baumol a principios de la década de 1960, ayuda a explicar por qué el subempleo en el sector es una importante característica de la economía actual y por qué las explicaciones de los teóricos de la automatización son erróneas<sup>26</sup>. Baumol explicaba el crecimiento del empleo en el sector servicios señalando que estos empleos tienen tasas menores de mecanización y crecimiento de la productividad que las vigentes en el sector industrial. Si la demanda de servicios aumenta, el empleo también lo hace casi en la misma proporción (gráficos 2 y 3), a diferencia del sector manufacturero donde la mayor parte del crecimiento de la producción se genera por el aumento de la productividad más que por el aumento del empleo. Sin duda, algunos servicios, como el comercio al por mayor, tienen rachas de rápido crecimiento de la productividad, pero estas no se consolidan en un crecimiento sostenido de la productividad del conjunto del sector similar al registrado en el sector manufacturero a lo largo de su historia de desarrollo industrial.

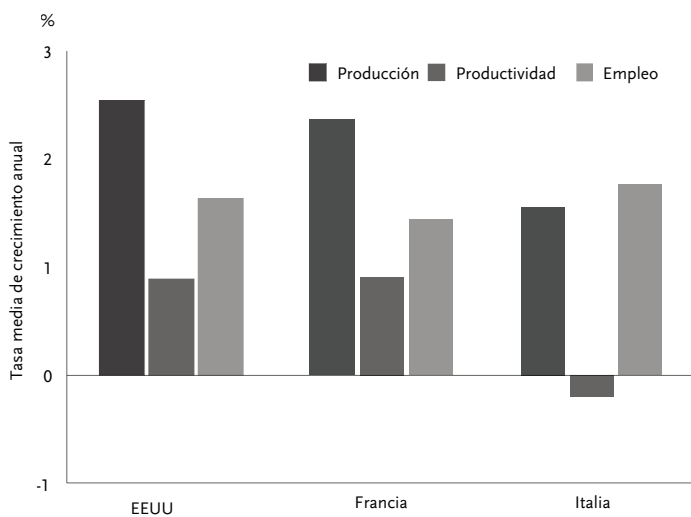
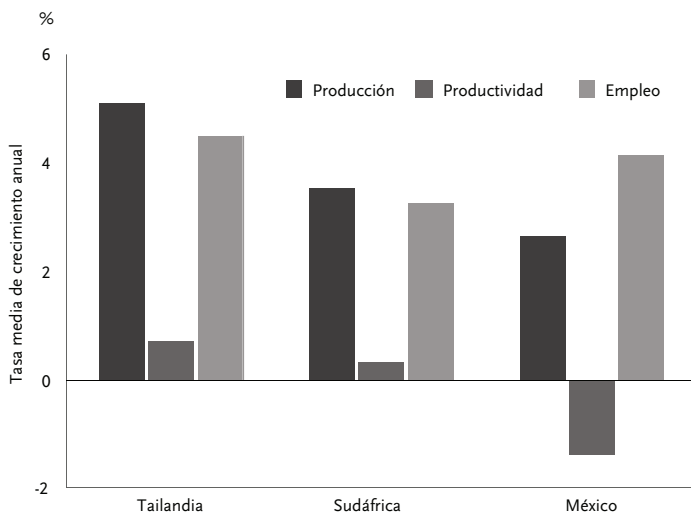
---

ladrillos, cigarrillos, cerrojos y zapatos en minúsculos talleres y fundiciones instalados en casas y patios.

<sup>24</sup> Según la OIT, los trabajadores del sector servicios llegaron a representar en 2015 a la mayoría de la mano de obra global: ILO, *Key Indicators of the Labour Market*, cit.

<sup>25</sup> Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society*, Nueva York, 1973.

<sup>26</sup> William Baumol, «Macroeconomics of Unbalanced Growth: The Anatomy of Urban Crisis», *American Economic Review*, vol. 57, núm. 3, junio de 1967, pp. 415-426. También, William Baumol et al., *Productivity and American Leadership: The Long View*, Cambridge, 1989.

GRÁFICO 2: *El sector servicios en Estados Unidos, Francia e Italia, 1980-2010*GRÁFICO 3: *El sector servicios en Tailandia, México y Sudáfrica, 1980-2010*

Fuente: Groningen Growth and Development Centre, 10-Sector Database, edición de enero de 2015.

Dado que los servicios no pueden depender de movimientos de los precios para aumentar la demanda —es decir, de un aumento de la productividad que conduzca a una caída de los precios y por ello a un aumento de la demanda— deberíamos esperar que el empleo en el sector servicios creciera lentamente. Como mostraba Baumol, los precios en el sector servicios sufren la «enfermedad de los costes»: unas tasas de crecimiento de la productividad lentas significan que los servicios se vuelven más caros en relación a las mercancías<sup>27</sup>. Por ello, el aumento de la demanda en el sector servicios debe basarse en movimientos de la renta; el crecimiento de la demanda de servicios depende del crecimiento de la renta en el conjunto de la economía. Esto significa que mientras la tasa global de crecimiento económico se ralentiza debido al deterioro del motor del crecimiento industrial, el ritmo del empleo en el sector servicios debería disminuir igualmente.

Pero a pesar del lento crecimiento de las economías avanzadas, el empleo en el sector servicios aumentaba rápidamente en determinadas ocupaciones precarias y con salarios bajos. Aquí es donde entra en juego la lógica del subempleo. Resultó que era posible bajar los precios de estos servicios —y así aumentar su demanda— sin elevar los niveles de productividad mediante la disminución de la retribución de los trabajadores o la reducción del crecimiento de sus salarios en relación a cualquier precario aumento de su productividad que se alcanzara con el tiempo<sup>28</sup>. El mismo principio se aplica a los trabajadores autónomos que, al ofrecer un trabajo más barato, pueden crear una demanda a expensas de sus salarios. El sector servicios es el mejor lugar para la creación de empleo mediante la superexplotación, porque los salarios de los trabajadores suponen una proporción relativamente grande de los precios finales. Especialmente en los países de rentas medias y bajas, el crecimiento de la productividad en muchos servicios ha sido negativo a medida que la gente idea trabajo para sí misma mediante estrategias involutivas de creación de empleo. El grado en el que se permite a las empresas aprovecharse de estos trabajadores que carecen de seguridad en sus ingresos depende de la legislación laboral de cada país.

---

<sup>27</sup> Según Baumol, el descenso del precio de las manufacturas es lo que hace que los servicios parezcan estar volviéndose más caros. La teoría de que los cambios en los precios relativos están determinados por las tasas diferenciales de crecimiento de la productividad del trabajo era la intuición original detrás de la teoría del valor-trabajo. Véase Adam Smith, *Wealth of Nations*, Nueva York, 2000, pp. 73-74; ed. cast.: *La riqueza de las naciones*, Madrid, 2011.

<sup>28</sup> Una explicación similar se encuentra en Torben Iversen y Anne Wren, «Equality, Employment and Budgetary Restraint: The Trilemma of the Service Economy», *World Politics*, vol. 50, núm. 4, 1998.

A medida que crece el subempleo, la desigualdad debe acentuarse. Un gran número de personas solamente pueden trabajar si el crecimiento de sus ingresos se reduce en relación a la tasa media<sup>29</sup>. La consecuencia es una creciente brecha entre el crecimiento de los salarios reales y el de los niveles de productividad que contribuye a que, durante los últimos cincuenta años, en los países del G20, la participación del trabajo en los ingresos haya disminuido el 9 por 100 en relación a la participación del capital. A escala mundial, la participación del trabajo en los ingresos cayó el 5 por 100 entre 1980 y mediados de la década de 2000, a medida que una parte creciente del aumento de la renta pasaba a manos de una minúscula clase de poseedores de riqueza<sup>30</sup>. De hecho, los aumentos de la desigualdad son peores de lo que sugieren las estadísticas, ya que la distribución de los ingresos del trabajo se ha vuelto más desigual en sí misma: los mayores aumentos salariales han ido a parar a los directivos. De acuerdo con un reciente estudio, entre finales de la década de 1980 y comienzos de la de 2010, la productividad del trabajo en los países de la OCDE creció más rápidamente que los salarios medios, que a su vez crecieron más deprisa que la mediana salarial<sup>31</sup>. A medida que se acentúa la desigualdad, aumentan las posibilidades de que se produzca superexplotación; para los hogares más ricos empieza a tener sentido contratar a pobres para que realicen tareas que de otro modo realizarían ellos, gracias a la extrema diferencia en el precio de sus respectivos trabajos.

Estas tendencias sugieren que no se producirá la apocalíptica crisis de disfunción del mercado de trabajo que anticipan los teóricos de la automatización. En vez de ello, el desempleo continuará disparándose durante las recesiones para dar paso al subempleo y al crecimiento de

---

<sup>29</sup> Como señalan David Autor y Anna Salomons en su crítica del discurso de la automatización, «el desplazamiento del trabajo no implica necesariamente un descenso del empleo, de las horas trabajadas o de los salarios», sino que puede ocultarse en el empobrecimiento relativo de la clase trabajadora, ya que «la factura salarial, es decir, el producto de las horas trabajadas por los salarios horarios, crece con menor rapidez que el valor añadido», D. Autor y A. Salomons, «Is Automation Labour-Displacing? Productivity Growth, Employment and the Labour Share», *Brookings Papers on Economic Activity*, 2018, pp. 2-3.

<sup>30</sup> ILO y OECD, «The Labour Share in the G20 Economies», Informe preparado para el Grupo de Trabajo sobre el Empleo del G20, febrero de 2015, p. 3. FMI, *World Economic Outlook*, 2017, Washington DC, 2017, p. 3. Véase también, Loukas Karabarbounis y Brent Neiman, «The Global Decline of the Labour Share», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 129, núm. 1, 2014.

<sup>31</sup> Andrew Sharpe y James Uguccioni, «Decomposing the Productivity-Wage Nexus in Selected OECD Countries, 1986-2013», en OECD, *International Productivity Monitor*, núm. 32, 2017, p. 31.

la desigualdad. En *Rise of the Robots*, la peor pesadilla de Martin Ford sería que «el sistema económico finalmente consiguiera adaptarse a la nueva realidad» de desplazamiento del trabajo, pero la verdad es que ya lo ha hecho. Como señala Mike Davis, «la selección y clasificación de la humanidad que hace el capitalismo tardío ya se ha producido»<sup>32</sup>. A no ser que se detenga por medio de una actuación política concertada, las décadas venideras asistirán a más de lo mismo: la sobrecapacidad en los mercados internacionales para los productos agrícolas e industriales continuará expulsando a los trabajadores de esos sectores para dirigirlos al sector servicios, que verá como su participación en el empleo global aumenta desde el actual 52 por 100 hasta el 70 u 80 por 100 a mitad del siglo. Dado que las tasas globales de crecimiento económico van a seguir siendo bajas, el sector servicios solamente absorberá a los que pierdan el empleo y a los que se incorporen por primera vez al mercado de trabajo mediante el aumento de la desigualdad de los ingresos.

Esto no equivale a decir que los pobres serán más pobres, sino que su participación en el crecimiento de los ingresos será mucho menor que su participación en la población. Como han señalado Thomas Piketty y sus colegas, los ingresos de la mitad más pobre de la población mundial se multiplicaron por dos entre 1980 y 2016 (aunque creciendo solamente en una minúscula cantidad en términos absolutos), pero eso representaba solamente el 12 por 100 del crecimiento global de los ingresos; el 1 por 100 más rico superaba más del doble esa proporción –27 por 100– en el mismo periodo<sup>33</sup>. Salvo que haya un cambio en la capacidad del trabajo para presionar por sus intereses, la contención de la desigualdad económica dependerá de la fuerza de las instituciones del Estado del bienestar. Hasta ahora, estas instituciones han tendido a desplomarse ante el estancamiento económico. En las economías más débiles, que periódicamente se ven azotadas por la austeridad, es más fácil culpar del deterioro social que se produce a los sectores vulnerables de la mano de obra –inmigrantes, mujeres, minorías raciales y religiosas– que unirse en torno a un nuevo y emancipador proyecto social.

---

<sup>32</sup> M. Ford, *Rise of the Robots*, cit., p. 219; Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres y Nueva York, 2006, p. 199; ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, 2008.

<sup>33</sup> Facundo Alvaredo *et al.* (eds.), *World Inequality Report 2018*, Cambridge, 2018, p. 52. Parte de los aumentos de ingresos de la mitad más pobre se la tragarón los mayores costes de la vida en las ciudades que son claramente difíciles de medir; la urbanización aumentó desde el 39 al 54 por 100 en el mismo periodo.

## 2. ¿UNA BALA DE PLATA?

El discurso de la automatización ha identificado un conjunto de problemáticas tendencias de la economía mundial que van asociadas con una demanda persistentemente baja de trabajo. La crisis social que acarrea esta larga tendencia es peor de lo que señalan las estadísticas. Cada vez más personas se encuentran excluidas de una participación significativa en la economía y de la sensación de poder y de tener un objetivo que proporciona, incluso bajo las adversas condiciones de las sociedades capitalistas. La atomización, agravada por la inseguridad en el empleo y la desigualdad, hace que la gente sea más sensible al atractivo del nacionalismo económico, que pretende resolver los problemas de la globalización poniendo a «nuestro país en primer lugar». Los teóricos de la automatización están atentos a estos peligros; los síntomas patológicos de un descenso de la demanda de trabajo no se aliviarán con barreras arancelarias o servicios de formación para el empleo<sup>34</sup>. Medidos en relación con la lenta y paulatina catástrofe de la era actual, semejantes clichés ofrecen pocas esperanzas. Por ello, los teóricos de la automatización intentan realizar un replanteamiento radical. En este aspecto, la automatización se parece mucho al calentamiento global: cuando la gente se lo toma en serio está dispuesta a considerar revisiones de la estructura básica de la vida social que de otra manera hubieran considerado imposibles. Al calificar de obsoleto al mundo actual, los teóricos de la automatización sueñan con maneras radicales de resolver la crisis del mundo del trabajo. Sus soluciones merecen ser consideradas incluso si, como he estado sosteniendo, están equivocados en cuanto a sus causas.

La principal propuesta de los teóricos de la automatización es una renta básica universal: un ingreso sin condicionantes pagado a cada ciudadano<sup>35</sup>. Establecida a un nivel suficientemente alto, la renta básica universal acabaría directamente con la pobreza y proporcionaría a los

---

<sup>34</sup> Véase *inter alia* Darrell West, *The Future of Work: Robots, AI and Automation*, Washington DC, 2018, p. 139; A. Yang, *War on Normal People*, cit., pp. 150-161, 75-77; Eduardo Porter, «Is the Populist Revolt Over? Not If Robots Have Their Way», *The New York Times*, 30 de enero de 2018; M. Ford, *Rise of the Robots*, cit., pp. 249-252.

<sup>35</sup> Philippe van Parijs y Yannick Vanderborght, *Basic Income: A Radical Proposal for a Free Society and a Sane Economy*, Londres, 2017, p. 8; Guy Standing, *Basic Income: A Guide for the Open-Minded*, Londres, 2017. Esta propuesta se analiza en E. Brynjolfsson y A. McAfee, *Second Machine Age*, cit., pp. 232-241; M. Ford, *Rise of the Robots*, cit., pp. 257-259; A. Stern, *Raising the Floor*, cit., pp. 171-222; A. Yang, *War on Normal People*, cit., pp. 165-174.



trabajadores con empleos precarios un grado de seguridad, que supondría una reforma decisiva en una era de baja demanda de mano de obra y subempleo masivo. Sobre la base a estos argumentos, los teóricos de la automatización a menudo presentan la renta básica universal como un instrumento político neutro –atractivo tanto para la derecha como para la izquierda–, que resuelve el problema del desempleo global, igual que las tecnologías de la Revolución Verde se suponía que resolverían el problema del hambre en el mundo. Sin embargo, está claro que semejante neutralidad tecnocrática es una fantasía: dependiendo de la manera en que se pusiera en práctica, la renta básica universal llevaría por direcciones radicalmente diferentes, la mayoría de las cuales no nos acercarían más a un mundo de prosperidad humana<sup>36</sup>.

Las propuestas sobre la renta básica universal son anteriores al discurso de la automatización. Algunos rastrean su origen hasta Thomas Paine, que ya en 1797 sostenía que a todos los individuos se les debería distribuir una suma fija cuando alcanzaran la mayoría de edad<sup>37</sup>. Paine justificaba esta subvención en la mayoría de edad con criterios clásicamente lockeanos: permitiría a todos participar en el intercambio del mercado asegurando los fundamentos morales de una sociedad basada en la propiedad privada. Los economistas neoliberales del siglo xx apoyaron una renta básica por razones similares. Milton Friedman defendía tipos negativos sobre los ingresos como sustitución de los programas estatales de protección: en vez de financiar proyectos públicos dirigidos a reducir la pobreza, cada persona debería recibir lo suficiente como para elevarse por encima del umbral de pobreza<sup>38</sup>. Actualmente, los argumentos neoliberales más exagerados a favor de la renta básica universal se encuentran en los escritos de Charles Murray, quien considera que detendría el declive de Occidente y devolvería sus cansados espíritus a la fe cristiana y al matrimonio monógamo. El importe –1.000 dólares mensuales– se obtendría de la liquidación de la mayor parte

---

<sup>36</sup> Esta cuestión se reconoce en N. Dyer-Witheford, *Cyber-Proletariat*, cit., pp. 185-186; N. Srnicek y A. Williams, *Inventing the Future*, cit., p. 127; Annie Lowrey, *Give People Money: How UBI Would End Poverty, Revolutionize Work and Remake the World*, Nueva York, 2018. p. 130.

<sup>37</sup> Sobre la obra de Thomas Paine, *Agrarian Justice* (1796), véase P. Van Parijs y Y. Vanderborght, *Basic Income*, cit., pp. 70-72.

<sup>38</sup> Milton Friedman, *Capitalism and Freedom*, Londres, 1962, pp. 191-195; ed. cast.: *Capitalismo y libertad*, Madrid, 2012. Véase también, Friedrich Hayek, *Law, Legislation and Liberty*, vol. 3, Londres, 1979, pp. 54-55; ed. cast.: *Derecho, legislación y libertad*, Madrid, 2018.

del Estado del bienestar<sup>39</sup>. La defensa de Murray de la renta básica universal surge de su creencia en que las instituciones del Estado del bienestar no solo son económicamente ineficaces, sino espiritualmente destructivas; suponen la enajenación al Estado de fuentes esenciales de construcción de sentido que son individuales. Sostiene que problemas sociales como la pobreza y la drogadicción deberían ser manejados directamente por las comunidades en las que surgen mediante «asociaciones voluntarias». Estas asociaciones estarían respaldadas por la renta básica universal, que proporcionaría un salario social suficiente como para asegurar que nadie pasara hambre, y por el desmantelamiento de las instituciones que actualmente soportan estas cargas<sup>40</sup>. En la perspectiva de Murray, la renta básica universal se establecería a un nivel bajo. Se bloquearía una mayor redistribución de los ingresos de modo que la desigualdad continuaría creciendo. La propuesta de la renta básica universal que hace Murray es una inquietante visión de cómo una sociedad cada vez más desigual, marcada por una demanda persistentemente baja de trabajo, podría hacer que esta situación fuera aceptable para sus miembros más pobres. Su programa se encuentra en la base de gran parte de las propuestas políticas del discurso de derechas sobre la automatización<sup>41</sup>. Un peligro es que si se llegara a poner en práctica, la renta básica universal puede llegar a parecerse más a esta versión de derechas que a las alternativas de izquierda.

Las propuestas de renta básica defendidas por la izquierda mantendrían o ampliarían las provisiones sociales, de manera que su versión sería mucho más costosa. Desde una posición igualitaria de centro-izquierda, Philippe van Parijs, quizá el más respetable defensor de la renta básica universal, propone proporcionar a la gente lo suficiente como para que puedan satisfacer sus necesidades básicas, sin desmantelar el Estado del bienestar. Junto a Yannick Vanderborght apuntan al 25 por 100 del

---

<sup>39</sup> Charles Murray, *In Our Hands: A Plan to Replace the Welfare State*, Washington DC, 2016, pp. 11-15; y *Coming Apart*, Nueva York, 2012. Sobre la trayectoria intelectual de Murray, véase Quinn Slobodian y Stuart Schrader, «The White Man, Unburdened», *Baffler*, núm. 40, julio de 2018. Es llamativo cuantos defensores de la renta básica universal, liberales e incluso de izquierda, han sido influidos por la obra de Murray. Véase E. A. Brynjolfsson y McAfee, *Second Machine Age*, cit., pp. 234-237; M. Ford, *Rise of the Robots*, cit., pp. 262-263; D. West, *Future of Work*, cit., pp. 99-100; A. Lowrey, *Give People Money*, cit., pp. 128-130. Andy Stern narra incluso una conversación ficticia entre Murray y Martin Luther King en *Raising the Floor*, cit., pp. 202-203.

<sup>40</sup> Ch. Murray, *In Our Hands*, cit., pp. 60-68, 81-90.

<sup>41</sup> Véase E. Brynjolfsson y A. McAfee, *Second Machine Age*, cit., pp. 234-247; M. Ford, *Rise of the Robots*, cit., pp. 262-263; D. West, *Future of Work*, cit., pp. 99-100; A. Lowrey, *Give People Money*, cit., pp. 128-130.

PIB per cápita, aproximadamente 15.500 dólares anuales por persona en Estados Unidos en 2019. De cualquier forma, para hacer más aceptable su propuesta, recomiendan empezar con pagos a un «nivel muy modesto» y no de acuerdo con un criterio universal: habría una «condición de participación», como la exigencia de realizar trabajos comunitarios, y restricciones para optar a ella para impedir la «inmigración selectiva» a los países que la concediesen. La pretensión es que incluso una pequeña paga mensual empezaría a revitalizar comunidades, convirtiéndose en la base de un poderoso impulso hacia mayores niveles de renta básica universal o, alternativamente, hacia salarios más altos<sup>42</sup>.

Paralelamente, para teóricos anticapitalistas de la automatización como Nick Srnicek y Alex Williams, la renta básica universal abre la posibilidad más radical de facilitar un cambio indoloro hacia el pleno desempleo, hacia una vida más allá del trabajo asalariado<sup>43</sup>. A medida que vaya avanzando la automatización, el valor de la renta básica universal irá aumentando hasta que la capacidad para comprar la mayoría de los bienes y servicios lo proporcione este mecanismo de distribución alternativo, lo cual constituirá un avance radical hacia la igualdad. En *Inventing the Future*, la renta básica universal se presenta como una manera de acelerar la transición hacia un mundo plenamente automatizado, ya que un umbral elevado de ingresos mínimos permitirá que los trabajadores se nieguen a trabajar, lo que a su vez incentivará a los empleadores para ofrecer empleos gratificantes o automatizarlos y hacerlos desaparecer<sup>44</sup>. Desde esta perspectiva, la renta básica universal se convierte en un medio que no pretende estabilizar la economía capitalista tardía, sino avanzar hacia un mundo posescasez en el que el «problema económico» ha sido resuelto y la gente es libre de dedicarse a sus aficiones. Pasado ese punto, las principales cuestiones se refieren al horizonte final de la humanidad. ¿La liberación del trabajo significa complacerse en las aficiones, como imaginó Keynes, o construir naves espaciales y explorar las estrellas?<sup>45</sup>.

---

<sup>42</sup> P. Van Parijs y Y. Vanderborght, *Basic Income*, cit., pp. 11-12, 214, 220-224, 127-128; véase también, Erik Olin Wright, *How to Be an Anti-Capitalist in the 21st Century*, Londres y Nueva York, 2019, pp. 74-75. Una versión anterior de este argumento se encuentra en Stanley Aronowitz et al., «The Post-Work Manifesto», en Stanley Aronowitz y Jonathan Cutler (eds.), *Post-Work: The Wages of Cybernation*, Londres, 1998.

<sup>43</sup> N. Srnicek y A. Williams, *Inventing the Future*, cit., pp. 107-127.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 117-123. La versión original de este argumento se encuentra en Robert J. van der Veen y Philippe van Parijs, «A Capitalist Road to Communism», *Theory and Society*, vol. 15, núm. 5, 1986. Véase también, P. Frase, *Four Futures*, cit., pp. 54-58.

<sup>45</sup> John M. Keynes, «Economic Possibilities for Our Grandchildren» [1930], en *Essays in Persuasion*, Londres, 1963, pp. 366-367; D. West, *The Future of Work*, cit.,

*Limitaciones*

En sus formas igualitarias la renta básica universal tiene muchos aspectos atractivos. Incluso una mínima redistribución neta puede ser bienvenida en sí misma, por encima de todo si de alguna manera va a aliviar la tensión de la pobreza y sus correspondientes males físicos y mentales. Combinada con una tasa global sobre el carbono, la renta básica universal podría desempeñar un papel para mitigar el cambio climático al proporcionar una panacea parcial para las pérdidas de empleo producidas durante una transición a las energías renovables<sup>46</sup>. Sin embargo, para evolucionar desde una solución tecnocrática a un proyecto emancipador, la renta básica universal tendría que hacer algo más: tendría que empoderar a los individuos para que lucharan por un drástico cambio social.

Hay razones para dudar de que la renta básica universal vaya a tener ese efecto. En primer lugar, respecto a las florecientes comunidades que invocan los defensores de la misma no está claro que, por sí mismo, dar dinero a la gente vaya a revitalizar las comunidades. Como Marx y Engels sostenían en el *Manifiesto comunista*, la expansión de la economía monetaria tiende a disolver en el aire a «todas las relaciones establecidas y firmemente congeladas». Esto se debe a que el dinero permite a la gente satisfacer sus necesidades sin depender de las comunidades de las que forman parte, lo cual tiende a erosionar sus capacidades de organización colectiva. Actualmente, el transporte, el entretenimiento y la alimentación han sido remodelados por completo en consonancia con esta lógica interna de las economías de mercado. Las personas pasan horas atrapadas en el tráfico en su camino de ida y vuelta del trabajo, juntas pero fundamentalmente solas, comiendo McDonalds y viendo vídeos de gatos en sus teléfonos. Unas economías ya diseñadas para reducir a todo el mundo a una existencia atomizada podrían acomodarse fácilmente a la renta básica universal. ¿Qué pasa con la afirmación posterior de que la renta básica universal empoderaría a los trabajadores en sus confrontaciones con los patronos? Eso es poner el carro delante de los bueyes: para conseguir una renta básica universal lo suficientemente elevada como para alterar las relaciones sociales, los trabajadores

---

pp. 83-88. Véase también, M. Saadia, *Treconomics*, así como Iain M. Banks, *Culture Series*. La popularidad del meme del «comunismo de lujo totalmente automatizado» habla de lo atractivo de esta visión.

<sup>46</sup> Alyssa Battistoni, «Alive in the Sunshine», *Jacobin*, 12 de enero de 2014; P. Van Parijs e Y. Vanderborght, *Basic Income*, cit., pp. 227-230.

necesitarían antes reunir esa fuerza. Una preocupación todavía más profunda es que, aunque la renta básica universal otorgara a la gente una mayor capacidad para levantarse y luchar, no está claro que represente un camino viable hacia objetivos emancipadores más amplios.

Para que la renta básica universal sirva de fundamento para una perspectiva de izquierda de salida del capitalismo, los análisis de los teóricos de la automatización deberían ser correctos: la actual demanda de trabajo, persistentemente baja, tendría que originarse en niveles de productividad que crecieran rápidamente, asociados con un ritmo rápido de cambio económico. Si ese fuera el caso, la principal cuestión que tendría que abordar la sociedad sería la creciente desigualdad económica, que se rectificaría distribuyendo más ingresos en forma de pagos de renta básica universal, en vez de salarios. Si en cambio, como he sostenido, la subdemanda contemporánea de trabajo es el resultado de la sobre-capacidad global y de la caída de la inversión —que empujan hacia abajo las tasas globales de crecimiento económico—, entonces librar semejante lucha distributiva rápidamente se convertiría en un conflicto de suma cero entre el trabajo y el capital, bloqueando o por lo menos ralentizando drásticamente el progreso hacia un futuro más libre. Como tal, necesitaríamos un plan para arrebatarnos el control de la economía a los propietarios de los activos, pero las propuestas de la renta básica universal dicen poco sobre cómo reducir el dominio del capital sobre la producción.

Aunque la renta básica universal tiene el encomiable objetivo de separar los ingresos que obtiene la gente de la cantidad de trabajo que realiza, no haría nada para cambiar la relación entre ingresos y activos, manteniéndonos atados a un sistema en el que el interés derivado de la concesión de crédito, las rentas originadas en el alquiler de tierras o viviendas, y los beneficios procedentes de la dirección de las empresas constituyen una parte considerable del ingreso total. El móvil del beneficio continuaría siendo la fuerza impulsora de la economía, porque los capitalistas conservarían su poder sobre las decisiones de inversión, que continuarían determinando el crecimiento o la contracción de la economía. El capital continuaría esgrimiendo el arma de la *huelga de capitales*, es decir, la prerrogativa de los dueños del capital de arrojar a la sociedad al caos por medio de la desinversión y de la huida de capital<sup>47</sup>. Durante cuarenta

---

<sup>47</sup> Véase James Crotty, «Post-Keynesian Economic Theory: An Overview and Evaluation», *American Economic Review*, vol. 70, núm. 2, 1980, p. 25; Adam Przeworski, «Social Democracy as Historical Phenomenon», *NLR* 1/122,

años, en un entorno de creciente sobrecapacidad y desaceleración del crecimiento económico, los capitalistas han amenazado con la utilización de esta arma para forzar a los partidos políticos a ceder ante sus demandas: regulaciones menos rígidas, leyes laborales más laxas y, en medio de crisis económicas, rescates a empresas privadas y austeridad pública.

Una izquierda que quiera utilizar la renta básica universal para abrir la puerta a un tipo de mundo diferente necesitaría presentarnos su Plan Meidner para facilitar la progresiva socialización de los medios de producción a través de una transferencia planificada de la propiedad de los activos al conjunto de la sociedad<sup>48</sup>. El problema es que fue precisamente la amenaza de una desinversión de capital en Suecia durante las crisis de la década de 1970 la que llevó a que el Plan Meidner fuera abandonado. Actualmente, un plan semejante sería todavía más difícil de ejecutar debido a que las organizaciones de masas de la clase trabajadora son mucho más débiles y el crecimiento económico más lento. Teniendo en cuenta este contexto en el que una huelga de capitales llevaría rápidamente a la economía a la crisis, necesitamos elevar nuestros objetivos y fijarlos en la conquista de la producción. Quitar a los capitalistas el poder de controlar las decisiones de inversión y hacer inoperante la huelga de capitales es una condición previa esencial para nuestro progreso colectivo hacia un mundo que supere la escasez.

### 3. NECESIDAD Y LIBERTAD

Aunque dudemos del análisis de los teóricos de la automatización sobre el progreso tecnológico –como ciertamente me sucede a mí– el intento de imaginar y trazar un camino hacia un futuro más allá de la escasez sigue siendo un aspecto atractivo y valioso del discurso de izquierdas sobre la automatización. Nos permite plantear la cuestión de cómo se podrían volver a ensamblar las piezas de un mundo acabado para llegar a un modo nuevo de existencia social. Para revivir un proyecto emancipador en la actualidad es fundamental tener una visión del objetivo, entre otras cosas porque su realización futura parece lejana. Los socialistas del siglo XIX sabían que estaban lejos de alcanzar sus objetivos, pero no obstante

---

julio-agosto de 1980, pp. 56-58; Jonathan Levy, «Capital as Process and the History of Capital», *Business History Review*, vol. 91, núm. 3, 2017.

<sup>48</sup> Véase Bertram Silverman, «The Rise and Fall of the Swedish Model: Interview with Rudolf Meidner», *Challenge*, vol. 41, núm. 1, 1998.

estaban poseídos por una idea de un futuro más libre que animaba su lucha. Todavía en 1939 Brecht podía escribir: «Nuestra meta estaba muy lejana / se podía ver con claridad»<sup>49</sup>. Pocos dirían eso en la actualidad. No solo vivimos en una era de un neoliberalismo obstinadamente arraigado que provoca furiosos etnonacionalismos y catástrofes inducidas por el clima cada vez más frecuentes y más virulentas, sino que también carecemos de una idea concreta sobre una alternativa real. La planificación centralizada del Estado resultó ser tanto económicamente irracional, como ecológicamente destructiva, llenando los almacenes de productos de mala calidad y demostrando ser proclive a la burocratización autocrática, mientras que los Estados del bienestar europeos y las políticas keynesianas de pleno empleo han demostrado ser incapaces de adaptarse a un contexto de crecimiento lento y continua desindustrialización<sup>50</sup>.

Esta es una de las razones por las que las reformas socialistas han dado paso a las neoliberales, mientras los movimientos sociales emancipadores se han limitado principalmente a tratar de mantener posiciones, lo que simplemente retardará nuestro deslizamiento hacia el abismo. Por ello, sin duda se puede «reclamar el futuro», pero ¿qué futuro? Resulta llamativo que para tantos teóricos de la automatización *Star Trek: The Next Generation* proporcione el ejemplo de referencia de un futuro más libre. En esta entrega de la serie de finales de la década de 1980, una tecnología llamada «replicador» —esencialmente una impresora tridimensional asombrosamente avanzada— pone punto final a la escasez económica permitiendo que la gente viva en un mundo sin dinero ni mercados<sup>51</sup>. La pregunta es: ¿podemos imaginar un mundo más allá de la escasez sin los replicadores, es decir, incluso si la automatización total resulta ser un sueño?

---

<sup>49</sup> Bertolt Brecht, «To Those Born After», en *The Collected Poems of Bertolt Brecht*, Londres, 2019, p. 736.

<sup>50</sup> Sobre los límites de los Estados del bienestar realmente existentes, explicados por uno de sus grandes defensores, véase Gøsta Esping-Andersen, *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Princeton (NJ), 1990, pp. 9-34.

<sup>51</sup> M. Ford, *Rise of the Robots*, cit., pp. 246-248; A. Yang, *War on Normal People*, cit., p. xvii; P. Frase, *Four Futures*, cit., pp. 48-49. Un análisis más completo se encuentra en M. Saadia, *Treconomics*, cit., pp. 65-86. Esta perspectiva puede haber encontrado su inspiración en la URSS. En 1961, Khrushchev abogó por el comunismo en veinte años. En respuesta, el dúo de autores de ciencia ficción formado por los hermanos Strugatsky escribió una serie de historias increíblemente breves titulada *Noon: 22nd Century* (1961), describiendo la exploración espacial en un futuro comunista. Junto a su posterior novela, *Hard to Be a God* (1964), esta visión de comunistas en el espacio quizá sirvió como modelo para *Star Trek* y para la *Culture Series* de Bank, ambas estrenadas en 1987.

Excluyendo el objetivo de la conquista de la producción, los teóricos de la automatización han abandonado en gran medida lo que, desde *Utopía* de Tomás Moro escrita en 1516 a la actual «trekonomía», se ha considerado como la condición básica para alcanzar un mundo más allá de la escasez: no la entrega gratuita de dinero, como pretenden los teóricos de la automatización, sino, por el contrario, más bien la abolición de la propiedad privada y del intercambio monetario<sup>52</sup>. Una de las razones de su renuncia a este objetivo clave es que estos teóricos tienden a empezar desde planteamientos equivocados sobre la transición: partiendo de la suposición de que se alcanzará la plena automatización, continúan preguntándose cómo necesitaríamos transformar la sociedad para salvar a la humanidad del desempleo masivo que ocasionaría y crear así un mundo de dignidad humana generalizada. Pero es posible invertir ese experimento mental de manera que en vez de partir de una economía plenamente automatizada e imaginar las posibilidades de un mundo mejor y más libre creado a partir de ella, empecemos desde un mundo de dignidad humana generalizada y después consideremos las implicaciones del cambio tecnológico para contribuir a realizar el mismo.

¿Qué pasaría si repentinamente todo el mundo tuviera acceso a suficiente asistencia sanitaria, educación y bienestar como para poder desarrollar todas sus posibilidades? Un mundo de individuos plenamente capacitados sería un mundo en el que cada persona individual podría ocuparse de desarrollar sus propios intereses y capacidades con pleno apoyo social. ¿Qué tendría que cambiar en el presente para que se materializara ese escenario futuro? En un mundo plenamente capacitado las aficiones de todo el mundo serían dignas de ser perseguidas por igual. No se asignaría a individuos concretos las tareas de recoger basuras, lavar los platos, ocuparse de los niños, cultivar la tierra o ensamblar componentes electrónicos durante toda su vida de manera que otros pudieran ser libres para hacer lo que quisieran. En vez de empujar a alguna gente «debajo del *mudsill*»\* de manera que otros pudieran levantarse, como decía en Carolina del Sur el esclavista James Henry Hammond, necesitaríamos encontrar otra manera de asignar los trabajos necesarios que sirven como fundamento para el resto de nuestras actividades<sup>53</sup>.

---

<sup>52</sup> Tomás Moro, *Utopía*, Londres, 2014, pp. 47, 132; ed. cast.: *Utopía*, Barcelona, 2016.

\* *Mudsill*, soporte de construcción que forma el suelo de una casa. Posteriormente pasaría a utilizarse para referirse a una persona de la clase social más baja [N. del T.].

<sup>53</sup> La teoría del *mudsill* de Hammond de 1858, afirmaba que era necesario tener esclavos para las tareas penosas de manera que el resto de la sociedad pudiera



Mientras los teóricos de la automatización ponen sus esperanzas en la tecnología, muchos de los primeros teóricos de un mundo posterior a la escasez –como More, Cabet, Marx, Kropotkin– no necesitaban recurrir a un *deus ex machina* para resolver este rompecabezas. Afirmaban que era posible superar la escasez sin la plena automatización de la producción. En vez de ello, necesitábamos concebir la vida social formada por la esfera de la necesidad y la de la libertad<sup>54</sup>. En la primera, compartiríamos las labores necesarias para nuestra reproducción colectiva, dividiendo las responsabilidades mientras se toman en cuenta las capacidades y propensiones individuales. Algunas tareas necesitarían ser realizadas localmente, pero muchas podrían ser planificadas a escala regional o global. Desde luego, hay una gran parte de trabajo necesario que es difícil de compartir, porque requiere una determinada especialización: seguiríamos necesitando agricultores, trabajadores de la construcción, cirujanos, electricistas y mecánicos, aunque en un mundo plenamente capacitado, estas especialidades estarían distribuidas de una manera más equilibrada. Quizá, junto a una rotación común, cada individuo elegiría una vocación que se añadiría a sus responsabilidades.

El resultado de este reparto del trabajo sería que más gente, incluyendo a los que actualmente quedan marginados como redundantes, participaría en el trabajo de reproducción necesario y por ello se reduciría la cantidad de trabajo que una persona tendría que hacer. Sin embargo, para compartir estas tareas necesarias habría que transformar su naturaleza. Las distinciones sociales entre trabajo asalariado y no asalariado, que históricamente han relegado a la mujer a la «morada escondida»,

---

elevarse por encima del estiércol. Véase, Elizabeth Anderson, *Private Government*, Oxford, 2017, pp. 30-31. Véase también la evocadora respuesta de W. E. B. Du Bois a la teoría del *mudsill* en *Darkwater: Voices from Within the Veil*, Mineola (NY), 1999.

<sup>54</sup> Véase, T. More, *Utopia*, cit., pp. 60-72; Étienne Cabet, *Travels in Icaria*, Syracuse (NY), 2003, pp. 80-89; ed. cast.: *Viajes por Icaria*, Barcelona, 1985; Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of a Critique of Political Economy*, Londres, 1993, pp. 707-712 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, 1998]; Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Londres, 1991, pp. 958-959; ed. cast.: *El capital*, Madrid, 2000; Piotr Kropotkin, *The Conquest of Bread*, Londres, 2015, pp. 99-112; ed. cast.: *La conquista del pan*, Madrid, 2008. Para una discusión general, que, sin embargo, excluye a Cabet y Kropotkin, véase, Edward Granter, *Critical Theory and the End of Work*, Farnham, 2009, especialmente las páginas 31-67. Aquí tengo que dejar aparte a intelectuales como Charles Fourier, William Morris y Herbert Marcuse que en esencia sugirieron que el colapso de las esferas podía alcanzarse transformando todo el trabajo en juego. Las concepciones de un ámbito único en un mundo posterior a la escasez son, desde mi punto de vista, tan totalitarias como irremediamente utópicas.

tendrían que ser abandonadas. Además, la producción y el consumo deberían concebirse como un circuito cerrado en vez de puntos finales separados de otras consideraciones socioecológicas<sup>55</sup>.

Queda abierta la cuestión de cómo emprendería una humanidad plenamente capacitada la transformación de las labores comunes. Aquí es importante recordar que las tecnologías desarrolladas en las sociedades capitalistas no son neutras: están diseñadas para materializar el control capitalista, no para liberar a la humanidad de los trabajos penosos. Realmente, en la actualidad probablemente tendríamos la capacidad tecnológica para hacer que muchas tareas fueran más agradables de lo que lo son. El «saber hacer» técnico podría utilizarse para acabar con las distinciones entre trabajo cualificado y no cualificado o para eliminar algunas clases de trabajo por completo. Semejantes cuestiones las resolverían seres humanos capaces de establecer sus objetivos de manera libre y colectiva, en vez de dejar que decidieran por ellos unas supuestamente imparables fuerzas tecnológicas<sup>56</sup>.

Hay que señalar que lo que aquí estoy llamando trabajo necesario o reproductivo no es necesariamente trabajo insatisfactorio, especialmente si se reparte de manera que nadie pase toda su vida laboral dominado por él. Cuidar a los niños, por ejemplo, no solo es bueno para ellos, sino que también lo es para los adultos en la medida en que les abre a las maravillas de la experiencia del mundo por parte de un niño; igualmente, cocinar o lavar los platos, cuando se hace colectivamente, puede facilitar la formación o la profundización de relaciones. El que una humanidad plenamente capacitada prefiriera que semejantes actividades las realizaran «replicadores» de alimentos o drones de limpieza, de manera que la gente pudiera seguir con su investigación científica sin impedimentos, es algo que está por ver.

---

<sup>55</sup> «Poner fin a la recogida de basuras como un empleo que algunos tienen que hacer durante años, será mucho más que una rotación en el empleo: implicará cambios en el proceso y la lógica de la *creación* y retirada de la basura», Gilles Dauvé, *Eclipse and Re-Emergence of the Communist Movement*, Oakland (CA), 2015, p. 54.

<sup>56</sup> En vez de acabar con las obligaciones sociales para con los demás, como piensan que sería posible muchos teóricos de la automatización, la cuestión es reconocerlas y transformarlas –desalienar a las comunidades en vez de acabar con ellas– como una manera de asegurar que la libertad individual se comparte por igual y por todos. Esto no significa ensalzar las tareas ingratas y su asociada ética del trabajo, sino reconocer que no es probable que las tareas ingratas desaparezcan.

En la tradición de la posescaez, la reorganización de las tareas necesarias hace posible un mundo de gratuidad. Todos pueden ir a los almacenes sociales y centros de servicios y obtener lo que necesitan, mientras –como señala Moro– «no dan absolutamente nada a cambio»<sup>57</sup>. Todos tiene derecho a la comida, la bebida, la ropa, la vivienda, la asistencia sanitaria, la educación y a los medios de transporte y comunicación, al margen de su contribución al trabajo necesario, «igual que todos los seres humanos tienen derecho a calentarse al sol», aunque la sostenibilidad ecológica establecería restricciones<sup>58</sup>. No se requiere una abundancia literal siempre que se supere la escasez y la mentalidad que la acompaña, de manera que la gente pueda «vivir en un estado de ánimo alegre y tranquilo», sin preocupaciones sobre cómo ganarse la vida<sup>59</sup>. Realmente, de acuerdo con esta perspectiva, la abundancia no es un umbral tecnológico, sino una relación social basada en el principio de que los medios de subsistencia de cada cual no estarán en juego en ninguna de las relaciones que establezca. Igualmente, en un mundo posescaez, todavía podría haber sanciones para asegurar que se realiza realmente el trabajo necesario. Estas sanciones tomarían la forma no de amenazas de pasar hambre o ser excluido, sino de invitaciones a la cooperación<sup>60</sup>.

Para estos teóricos de la posescaez esta reconstrucción de la esfera de la necesidad no es un fin en sí mismo; la solidaridad que engendra también propaga la esfera de la libertad y asegura que también sea compartida por todos<sup>61</sup>. En estas condiciones, una vez que la necesidad queda asegurada, todo el mundo es libre de desarrollar su individualidad fuera de los límites de cualquier comunidad determinada. La cuestión es facilitar,

---

<sup>57</sup> T. Moro, *Utopia*, cit., pp. 67-68. Véase también, P. Kropotkin, *Conquest of Bread*, cit., pp. 58-63.

<sup>58</sup> James Boggs, «The American Revolution» [1963], en Stephen Ward (ed.), *Pages from a Black Radical's Notebook: A James Boggs Reader*, Detroit (IL), 2011, p. 110.

<sup>59</sup> Th. More, *Utopia*, cit., p. 130.

<sup>60</sup> Desde tiempo atrás, los economistas han reconocido que el hambre no es un buen factor para motivar: «Para el ser humano, la mejor situación se verifica cuando produce en libertad, tiene elección respecto a sus ocupaciones, no tiene ningún supervisor que le estorbe y ve que su trabajo le produce un beneficio a él mismo y sus semejantes», con el resultado de que «el bienestar siempre ha sido el estimulante más poderoso para trabajar», P. Kropotkin, *Conquest of Bread*, cit., pp. 138-139.

<sup>61</sup> En ese sentido, «la equidad facilita el individualismo en vez de ir en su detrimento», Kristin Ross, *Communal Luxury: The Political Imaginary of the Paris Commune*, Londres y Nueva York, 2015, p. 108; ed. cast.: *Lujo comunal*, Madrid, 2016. El texto de Ross evoca una forma de «comunismo de lujo», que no necesita estar «plenamente automatizado». Véase también Th. More, *Utopia*, cit., pp. 61-62; K. Marx, *Grundrisse*, cit., pp. 711-712; K. Marx, *Capital*, vol. 1, cit., pp. 532-533; P. Kropotkin, *Conquest of Bread*, cit., pp. 99-112.

por medio de un proyecto social colectivo, lo que los teóricos de la automatización esperan alcanzar por medio de la tecnología. Desde luego, la esfera de la libertad incluye tanto el tiempo para socializar como para la soledad, tanto para dedicarse a las aficiones propias como para no hacer nada en absoluto, «*rien faire comme une bête*, flotar en el agua y mirar pacíficamente al cielo»<sup>62</sup>. La frase de Adorno sugiere un mundo en el que la desposesión y la inseguridad existencial a la que esta da lugar han sido universalmente abolidas. Nada de esto exige que asumamos una espontánea armonía de intereses o una naturaleza humana benigna. Por el contrario, acabar con las compulsiones económicas implica que mucha gente será libre para abandonar relaciones personales opresivas dentro del hogar o en el lugar de trabajo, o de renegociar sus términos.

¿Qué hará la gente con el aumento de su tiempo libre? La posescasez ha sido denominada «postrabajo», pero esa perspectiva resulta inadecuada<sup>63</sup>. Reorganizar la vida social para reducir el papel del trabajo necesario no consiste en superar el trabajo como tal: se trata de liberar a las personas para que puedan realizar la clase de actividades que no pueden describirse simplemente ni como trabajo ni como ocio. Ello podría incluir pintar murales, aprender idiomas, construir toboganes de agua, o descubrir nuevas maneras de realizar tareas comunes para hacerlas en menos tiempo. Podría significar escribir novelas o la reinención personal a través de la educación o la exploración. Al modo en que conciben los teóricos de la automatización, tanto de derecha como de izquierda, el final de la escasez permitiría a innumerables personas crear acuerdos y asociaciones voluntarias con gentes de todas las partes del mundo: unirse a un consorcio de investigadores matemáticos, crear asociaciones para idear nuevos instrumentos musicales o federaciones para construir naves espaciales. Las «mentes creativas y las aptitudes científicas» ya no serían «malgastadas debido a los accidentes del lugar de nacimiento, a la mala suerte, a circunstancias difíciles o a la necesidad de sobrevivir»<sup>64</sup>. La financiación para la investigación o el arte ya no vendría determinada por la búsqueda de beneficios ni estaría dictada por el interés de los ricos.

¿Cómo obtendría la gente acceso a los recursos necesarios para dedicarse a sus aficiones en la esfera de la libertad? Probablemente gran

---

<sup>62</sup> Theodor Adorno, *Minima Moralia: Reflections from Damaged Life*, Londres y Nueva York, 2005, p. 157; ed. cast.: *Minima moralia*, Madrid, 2004.

<sup>63</sup> Véase, S. Aronowitz *et al.*, «Post-Work Manifesto», cit.

<sup>64</sup> M. Saadia, *Treconomics*, cit., p. 61.

parte de los mismos podrían surgir dentro de la propia esfera de la libertad a través de asociaciones de voluntarios y de federaciones creadas entre ellas<sup>65</sup>. Pero estos temas –así como la cuestión asociada de qué cuenta como necesidad y qué como libertad– serían materias que resolvería políticamente y por sí misma una humanidad liberada. El mundo tendría planes parciales que se solaparían en vez de un único plan central, una posibilidad a nuestro alcance con los nuevos medios digitales de comunicación<sup>66</sup>. Dentro de este marco, se podría imaginar a individuos plenamente capacitados organizándose ellos mismos de toda clase de maneras: la gente podría vivir en comunidades grandes o pequeñas; podría realizar mucho o poco trabajo, eligiendo por el contrario explorar la naturaleza, la sociedad, sus mentes, los océanos o las estrellas; podría estar contenta en un planeta caliente o frío, todo ello en un mundo de relativa escasez o abundancia de recursos siempre que se cumplieran unas condiciones básicas que permitieran una seguridad material sostenible<sup>67</sup>.

El objeto de este ejercicio de la imaginación es mostrar que es posible diseñar experimentos intelectuales que giran alrededor y priorizan a la gente y no al progreso tecnológico. Reconocer la dignidad fundamental de los más de siete mil millones de personas que forman la humanidad exige que acordemos dejar de relegar a algunos a una vida de trabajos pesados para que otros puedan ser libres. Significa compartir el trabajo que queda por hacer en una sociedad tecnológicamente avanzada de manera que todo el mundo tenga el derecho y la capacidad de decidir qué hacer con su propio tiempo.

---

<sup>65</sup> Se puede imaginar que, en algunos aspectos, la esfera de la necesidad continuaría funcionando como en una economía capitalista, con sus consiguientes presiones para elevar la productividad, reducir la jornada de trabajo y reasignar los recursos. Sin embargo, sin mercados de trabajo o de otros factores, es más probable que la esfera de la necesidad cambiaría lentamente, absorbiendo con el tiempo las innovaciones de la esfera de la libertad. La puesta en práctica de estas innovaciones puede llevar mucho tiempo, necesitando la coordinación entre varios comités que probablemente estarían más preocupados por realizar las tareas que por hacerlas mejor. En ese caso, la esfera de la libertad sería la que daría origen a una dinámica de transformación.

<sup>66</sup> Véase la discusión de Evgeny Morozov del trabajo de Daniel Saros, *Information Technology and Socialist Construction* (2014) en «¿Socialismo digital?», *NLR* 116/117, julio-agosto de 2019.

<sup>67</sup> Para un relato de la utopía en medio de la escasez, véase Ursula K. Le Guin, *The Dispossessed: An Ambiguous Utopia*, Nueva York, 1994, así como el comentario de Fredric Jameson sobre la «reducción del mundo» en las novelas de Le Guin, en *Archaeologies of the Future: The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*, Londres y Nueva York, 2007, pp. 267-280; ed. cast.: *Arqueologías del futuro*, Madrid, 2009. Véase también, P. Frase, *Four Futures*, cit., pp. 91-119.

*Agentes del cambio*

Este breve esbozo de un mundo más allá de la escasez quizá pueda servir como referencia para considerar los diversos caminos que supuestamente pueden llevarnos a ese lugar. Desde este punto de vista, está claro que no hay nada en la manera en que actualmente está organizado nuestro mundo que nos conducirá automáticamente allí. Las expectativas de vida, los niveles de educación y los grados de urbanización han crecido drásticamente con el tiempo, pero continúan siendo extremadamente desiguales. Mientras tanto, incluso en los países más ricos, la mayoría de la gente está tan atomizada, se siente tan insegura materialmente y tan alienada de sus capacidades colectivas que sus horizontes están atrofiados. Si la plena automatización puede parecer tanto un sueño como una pesadilla, ello se debe a que no implica ninguna asociación innata con la dignidad humana y por sí misma no se supone que generará un mundo posescaez. Tampoco la renta básica universal. Quizá si se ampliara radicalmente el acceso a la educación y a la sanidad, si las comunidades se revitalizaran compartiendo cooperativamente el trabajo necesario para su reproducción y si las industrias se socializaran parcialmente, entonces una renta básica podría formar parte de un proyecto más amplio encaminado a la libertad humana<sup>68</sup>. Pero el camino hacia un mundo posescaez también podría tomar otra forma enteramente distinta. Sin una perspectiva de este mundo, es fácil perderse en el camino.

Si un mundo posescaez no es el producto inevitable del avance tecnológico o de las reformas tecnocráticas, entonces solamente puede materializarse bajo el empuje de movimientos sociales que presionen por una reestructuración radical de la vida social. Uno de los aspectos más decepcionantes del discurso de la automatización es su tendencia a subestimar las luchas sociales existentes. En su artículo de 1985, «A Capitalist Road to Communism?», Robert van der Veen y Philippe van Parijs suponían que a medida que «el rápido cambio tecnológico que ahorra mano de obra» se combinase con el surgimiento de «problemas para el crecimiento económico», cabría confiar en que la acción humana racional «generaría, tarde o temprano», las fuerzas que exigirían y llevarían a la práctica el cambio social. Escribiendo treinta años más tarde, Nick Srnicek y Alex Williams se desesperan en este sentido ante las

---

<sup>68</sup> La mayoría de los teóricos de la renta básica universal acaban admitiendo este punto. Véase por ejemplo, P. Van Parijs e Y. Vanderborght, *Basic Income*, cit., p. 246.

fuerzas que se han generado, las cuales describen como simple «política folclórica». Señalan que la gente está reaccionando ante la creciente complejidad del mundo moderno exigiendo una vuelta a la simpleza de comunidades locales que entablan relaciones cara a cara<sup>69</sup>.

Resulta lógica la desesperación ante el potencial emancipador de las actuales luchas sociales. Haría falta una masiva y persistente movilización para cambiar la tendencia que marca un recalcitrante neoliberalismo; sin embargo, el único movimiento con el tamaño y la fuerza para emprender esa tarea –el movimiento histórico de los trabajadores– ha sido totalmente derrotado. Las huelgas y las manifestaciones son principalmente defensivas: los trabajadores luchan para frenar el avasallador ritmo del capital y su avance hacia una mayor austeridad, flexibilidad laboral y privatización en respuesta a una desaceleración económica que no acaba nunca. El movimiento obrero nunca ha sabido cómo responder a la pérdida de empleo inducida por la tecnología en condiciones de ralentización del crecimiento económico. Como señala Wolfgang Streeck, «el capitalismo desorganizado no solo se está desorganizando a sí mismo, sino también a su oposición»<sup>70</sup>. Por esta razón, el largo descenso hacia el estancamiento económico no ha ido acompañado de una renovación de las organizaciones de masas de la clase trabajadora.

No obstante, después de los más de diez años transcurridos desde la crisis de 2008, el inmovilismo político parece estar agrietándose. Las luchas sociales se han desarrollado a una escala que no se había visto durante décadas. Ha habido oleadas de huelgas y movimientos sociales a lo largo de los cinco continentes, desde China al Norte de África, desde Argentina a Grecia y desde Indonesia a Estados Unidos<sup>71</sup>. Masas de gente están uniéndose de nuevo en paros laborales, ocupaciones, bloqueos, disturbios y manifestaciones, protestando contra los síntomas patológicos de un largo declive de la demanda de mano de obra,

<sup>69</sup> R. J. Van der Veen y P. Van Parijs, «A Capitalist Road to Communism?», cit., pp. 652-653; N. Srnicek y A. Williams, *Inventing the Future*, cit., pp. 9-13

<sup>70</sup> Wolfgang Streeck, «¿Cómo acabará el capitalismo?», *NLR* 87, julio-agosto de 2014, p. 48.

<sup>71</sup> Entre los textos que intentan hacer balance de estos movimientos en conjunto, véase Paul Mason, *Why It's Still Kicking Off Everywhere: The New Global Revolutions*, Londres y Nueva York, 2013; Manuel Castells, *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*, Cambridge, 2015; Zeynep Tufekci, *Twitter and Tear Gas: The Power and Fragility of Networked Protest*, Londres, 2017; Endnotes, «The Holding Pattern», *Endnotes* 3, 2013; y Göran Therborn, «¿Nuevas masas?», *NLR* 85, marzo-abril de 2014.

contra la desigualdad, la inseguridad en el empleo, la corrupción gubernamental y las medidas de austeridad, así como contra las subidas de los precios de los alimentos, la energía y el transporte. Los manifestantes han salido *en masse* en respuesta a asesinatos policiales que desataron la ira de aquellos que ya no aguantaban su falta de reconocimiento social. Sin duda estos movimientos explosivos han carecido hasta ahora de la perseverancia necesaria para obligar a unos gobiernos recalcitrantes a emprender la retirada y han sufrido retrocesos y derrotas. Pero, no obstante, han ampliado y radicalizado los horizontes políticos de una nueva generación de militantes. Quizá nuestra era se parezca a los años de mediados del siglo XIX: surgen visionarios utópicos, pero también nuevos partidarios de un cambio social emancipador. Las características objetivas del periodo actual apoyan esta hipótesis: la nuestra es la población más saludable, más ampliamente educada, urbana y conectada de toda la historia mundial. La gente instruida y acostumbrada a moverse «no aceptará un futuro de extrema desigualdad y estancamiento del crecimiento» en un planeta en el que los niveles del mar están creciendo<sup>72</sup>. Que esto nos acerque a un futuro más libre está por ver.

Lo que es seguro es que si los movimientos sociales del periodo actual se afianzan como formaciones más permanentes no es probable que se parezcan a los movimientos obreros del pasado. Hay grandes discontinuidades que separan nuestra era de aquel tiempo. El movimiento obrero surgió durante un largo periodo de industrialización, mientras que nosotros vivimos en el estancamiento de la posindustrialización: la nuestra será una lucha sobre las consecuencias del final de la industrialización. Esto no supone negar la continua dependencia de la economía global de la producción industrial o la existencia de trabajadores fabriles. Pero el descenso de la participación del sector manufacturero en el empleo total significa que estos trabajadores ya no tienen la capacidad de asignarse el papel de representantes de un orden futuro más racional y justo. Incluso países como Sudáfrica, Corea del Sur y Brasil, que se han industrializado recientemente y donde los trabajadores del sector manufacturero fueron fundamentales en las luchas por la democracia de las décadas de 1970 y 1980, se han convertido hace tiempo en economías mayoritariamente caracterizadas por el sector servicios<sup>73</sup>.

---

<sup>72</sup> Paul Mason, *Postcapitalism: A Guide to Our Future*, Londres, 2015, p. 29; ed. cast.: *Postcapitalismo*, Barcelona, 2016.

<sup>73</sup> Véase Gay W. Seidman, *Manufacturing Militance: Workers' Movements in Brazil and South Africa, 1970-1985*, Berkeley (CA), 1994.



Este cambio en la composición de la fuerza de trabajo remodelará los actuales movimientos sociales en aspectos esenciales. Aunque el discurso de la automatización tiende a poner demasiado énfasis en esta tendencia, es cierto que el trabajo humano directo desempeña un papel mucho más pequeño en los sectores industriales básicos que el que desempeñaba anteriormente; como predijo Marx, ha sido desplazado en gran medida como la principal fuerza productiva por el cambio científico y tecnológico personificado en grandes infraestructuras que movilizan a fuerzas naturales y máquinas. Muchos trabajadores y trabajadoras han quedado marginados, obligados a entregar gran parte de sus vidas a empleos sin salida en el sector servicios en el que la productividad del trabajo crece lentamente. Las luchas dinámicas que animaron a generaciones anteriores de trabajadores en torno a quién debía beneficiarse del continuo crecimiento de la productividad ya no se producen. Para la mayoría de los trabajadores actuales, la compulsión del capital por bajar los costes de producción significa solamente el recrudescimiento del trabajo sin el correspondiente aumento salarial.

Los comentaristas han sostenido que por muy desafectos que se vuelvan los trabajadores con empleos inseguros, carecen del poder necesario en el lugar de producción para presionar por sus demandas<sup>74</sup>. Sin embargo, al final, en un mundo de producción *just in time*, organizarse para bloquear la circulación dentro y alrededor de las grandes ciudades puede resultar una táctica eficaz. Un ejemplo temprano lo ofreció el movimiento *piquetero* argentino: los trabajadores desempleados bloquearon las autopistas alrededor de Buenos Aires para exigir mejores subsidios<sup>75</sup>. Desde 2011, esta táctica la han adoptado esporádicamente trabajadores en Estados Unidos, Francia, Egipto y otros lugares.

En los espacios autónomos que se pueden crear en el transcurso de grandes luchas, se plantean cuestiones sobre la naturaleza y el futuro de la sociedad. Las asambleas están generalmente abiertas a todos. Las formas íntimas y personales de coerción no están totalmente ausentes, pero hay un sentido compartido de que todo el mundo merece tener voz en los asuntos sociales. En las ocupaciones y en las primeras líneas de los bloqueos, la gente se preocupa por el que está a su lado. Las personas

---

<sup>74</sup> Véase por ejemplo, Kim Moody, *On New Terrain: How Capital is Reshaping the Battleground of Class War*, Chicago, 2017.

<sup>75</sup> Federico Rossi, *The Poor's Struggle for Political Incorporation: The Piquetero Movement in Argentina*, Cambridge, 2017.

cocinan, lavan y se ocupan de los niños sin esperar nada a cambio, aunque, por supuesto, los materiales que utilizan para realizar estas tareas se han comprado por lo general en el transcurso normal de la vida que buscan perturbar con sus acciones. Estos esfuerzos no indican simplemente una intención de aferrarse a una vida más simple, ya sea en términos folclóricos o *völkisch*. Por el contrario, apuntan, aunque sea irregularmente, hacia un mundo de dignidad humana generalizada, un mundo con menos confines y fronteras.

Con independencia de la magnitud que puedan alcanzar estas protestas, hasta ahora han sido incapaces de eludir los límites de la totalidad las luchas sobre la reproducción colectiva de la clase trabajadora, cuyo deterioro, bajo las presiones de salarios estancados, inseguridad en el empleo y retirada del Estado del bienestar, ha sido enorme. Estos movimientos no consiguen pasar del nivel de la *reproducción* al de la *producción*, incluso cuando suscitan y se combinan con huelgas realizadas en lo que queda del núcleo industrial. Al margen de las esperanzas que inspiren en medio de la catástrofe del presente, las protestas de masas desestabilizadoras de nuestra era por el momento han carecido de la visión de un mundo totalmente diferente, un mundo en el que las infraestructuras de las sociedades capitalistas pasen a estar bajo control colectivo, el trabajo se reorganice y se redistribuya, la escasez se supere a través de la entrega gratuita de bienes y servicios y nuestras capacidades humanas aumenten en consonancia con la apertura de nuevas perspectivas de seguridad y libertad existencial.

A no ser que las luchas sociales se organicen alrededor de estas tareas históricas, no darán paso a una nueva síntesis de lo que significa ser un ser humano en un mundo libre de pobreza y de multimillonarios, de refugiados sin Estado y, de campos de detención y de vidas consumidas en trabajos penosos, que difícilmente ofrecen un momento para el descanso y menos aún para soñar. Los movimientos carentes de una visión están ciegos, pero los visionarios sin movimientos están mucho más severamente incapacitados. Sin una lucha social de masas para construir un mundo más allá de la escasez, los visionarios del capitalismo tardío quedarán como simples místicos tecnoutópicos.